

Sobre lectores «populares» y lectura común en España (1870-1936)

Miguel Á. OLMOS

C.R.E.C / Université Paris 8
Miguel.Olmos@univ-paris8.fr

RESUMEN

Planteamiento general de los problemas de caracterización de lo «popular» en lectura como «común», a través de un rastreo de fuentes históricas (programas educativos, bibliotecas, programas de alfabetización, producción editorial) y textuales (a falta de otro tipo de documentos, textos literarios). Se destacan tres relevantes campos de trabajo: instrucción, lectura extensiva e ideología. Las prácticas de lectura documentadas revelan tensión entre la norma y el «gusto» o «placer» literarios, diversamente resuelta.

Palabras clave: Lectores Alfabetización Placer Cultura

Sobre lectores «populares» y lectura común en España (1870-1936)

ABSTRACT

Essay on the problematic characteristics of «popular» issues in «common» readership through a survey of historical sources (educational projects, public libraries, mass literacy programs, printing-house productions) and textual sources (literary texts basically). Three main research fields can be distinguished: literacy, extensive reading and ideology. The reading habits surveyed reveal basic conflicts between norm and literary «taste» or «pleasure», which are solved in different manners.

Key words: Readership Literacy Pleasure Culture

To read in secret I encamped to the washhouse and I well remember during early apprenticeship days at Spitalfield my grandfather, catching sight of me reading a copy of Dicks' shilling edition of Shakespeare—the whole a marvellous feat of cheap publishing—sternly reproachful, exclaimed: «Ah Tom, *that* 'll never bring you bread and cheese!

Thomas Okay, *A Basketful of Memories* (1930)

1. Se tiende a pensar la cultura popular como conjunto de productos. En el campo de las letras, la idea de lo popular se asocia de forma mecánica a formas tra-

dicionales como el romance, o a otros géneros narrativos más recientes, marginales o de consumo generalizado, aunque una definición algo precisa de lo «popular» en cualquiera de estos corpus plantee serios problemas de método. En la línea de las escuelas que contemplan la literatura como un fenómeno sólo culminado en su proceso de recepción y uso, nos proponemos tratar a continuación de algunas de las cuestiones que suscita la actividad de la lectura, preguntándonos por las características de un hipotético lector común. La cuestión abarca pues no sólo qué se lee, sino sobre todo cómo se lee; y debe por ello ser abordada tanto desde fuera, con datos históricos y sociológicos sobre circulación de libros, tiradas y estrategias editoriales, catálogos de bibliotecas e idiosincrasia de lectores; como desde una perspectiva interna, centrada en las efectivas prácticas de lectura, que intente poner de manifiesto algún aspecto íntimo de la vida imaginativa colectiva.

Aunque siempre indeterminada, resulta difícil prescindir de la palabra «popular». La noción de «pueblo» remite a una abstracción idealista del siglo XIX: la reunión de los individuos de un ámbito en un cuerpo único denominado «nación» y supuestamente dotado de carácter y voluntad propios, emergentes en su lenguaje. Este lenguaje se concibe como un producto espiritual, un alma que se presume de todos al no ser en particular de nadie; por este motivo, los rasgos que se le atribuyen al lenguaje pueden proyectarse a sus «populares» expresiones artísticas, vistas como naturales, fuera del tiempo, a la disposición de todos: los «cantos rodados» de que hablaba Alfonso Reyes. Pero este sentido abstracto de «pueblo» no tarda en entrar en conflicto con otras perspectivas, cuantificadoras. Desde otros puntos de vista, lo popular no se asocia con la totalidad de una sociedad ideal, sino con alguno de sus subconjuntos particulares. *Popular* deviene entonces sinónimo de gente común, perteneciente a clases sociopolíticamente subalternas caracterizadas por una dependencia económica que admite grados, y sobre todo por su desconocimiento de la cultura literaria o científica, oficial y normativa, que continúa detentando una posición hegemónica. Algunos problemas que plantea el estudio de lo popular parten así de interferencias y contaminaciones recíprocas entre el valor abstracto y los múltiples valores concretos del término, responsables de una infinidad de conceptualizaciones interesadas o de estimaciones frontalmente opuestas. De ahí también que resulte más prudente entender lo popular como una «presencia» que como una «esencia» incuestionablemente caracterizable¹.

Así, en las sucesivas epifanías del espíritu artístico popular en concretas compilaciones o antologías, siempre circunscritas a su lugar y a su tiempo, se hace presente una serie de impurezas, las marcas y trazos en él impresos por los concretos intereses

¹ «La investigación en torno a la realidad popular ha estado siempre marcada por la ideología y teñida en muchos casos o de elitismo o de populismo quizá revanchista. La crítica marxista ha sido la que más insistentemente ha hablado de lo popular como propio de las clases subalternas, definiéndolo así sólo por oposición a lo que pertenece a las clases dominantes (...). El reduccionismo de este planteamiento se comprende actualmente de modo más claro, y lleva a los investigadores a leales intentos de comprensión de lo popular por lo que es en sí mismo, sin oponerlo a nada ni a nadie, ni siquiera (ni menos) a lo culto, porque el término popular lleva inscrito en sí mismo, también, una cultura, simplemente otra cultura» (M. C. García de Enterría (1997), s.v. «Popular». Véase también C. Ginzburg (1981), A. Reyes (1986), p. 55; V. Infantes (1998).

a que en cada momento se responde. Por este motivo, la atención dispensada a lo popular en literatura durante el siglo XIX resulta consustancial al desarrollo político coetáneo, a la emersión de unas clases sociales a punto de alcanzar nuevos poderes y necesitadas de una identidad cultural específica, de una historia, de una literatura. Lo que entendamos por popular queda sujeto al tiempo, y así lo indica también la actual catalogación como populares de géneros que no hubieran cabido bajo la etiqueta decimonónica de folclore, como la literatura ideológica contestataria, la moderna canción industrial, o los productos audiovisuales de amplia difusión. La propia constitución de lo popular como objeto de estudio, incipientemente aislado de sus funciones vivas, puede entenderse también como otra consecuencia de esta evolución².

La tensión entre los valores abstractos y concretos de lo popular reaparece en los problemas específicos de la lectura. Es sobre todo aquí donde convendría tratar de escapar de simplificaciones, tanto de orden social como de orden literario. Sería inexacto e inconveniente reducir el campo de la lectura popular a una serie de formas literarias básicas: la asociación mecánica de géneros literarios «bajos» y «bajas» clases sociales produce confusión. Tomemos el ejemplo del folletín. El público de los folletines contaba entre sus miembros a personas ilustradas supuestamente pertenecientes a clases medias y superiores, a pesar de que el género no disfrutase entre estos lectores de una reputación de respetabilidad tan alta como la de la novela (y aunque, a su vez, la novela como género no pueda siempre distinguirse con claridad de las variadas publicaciones por entregas). Se sabe además que esta lectura «popular» fue durante el siglo XIX especialmente burguesa, urbana, y femenina³.

El abanico de lecturas de las clases populares parece por otra parte haber sido amplio. Se sabe por análisis de colecciones de libros, públicas y privadas, que uno de los rasgos más notables del comportamiento lector «popular», al menos desde 1800, es el deseo de instrucción. Abundan en las casas comunes las biografías de científicos, vistos como artífices de progreso, o bien otras obras heterogéneas de tema histórico, enciclopedias, tratados, manuales. No es infrecuente encontrar pasajes literarios que presentan, con frecuencia en un tono cómico o irónico, los esfuerzos de gente sencilla por aumentar sus conocimientos: por ejemplo los del librero Benito Gutiérrez, en *Pipá*, de Leopoldo Alas, o los de Sinfonso Centeno y otros personajes de *Marianela*, de Benito Pérez Galdós⁴.

² S. Salaün (1986); (1990).

³ Recuérdese la «coronela» fugazmente mencionada en el acto segundo de *Luces de Bohemia*: «Asoma la chica de una portera. Trenza en perico, caídas calcetas, cara de hambre.

La Chica.— ¿Ha salido esta semana entrega d'el Hijo de la Difunta ?

Zaratustra.— Se está repartiendo.

La Chica.— ¿Sabe usted si al fin se casa Alfredo?

Don Gay.— ¿Tú qué deseas, pimpollo?

La Chica.— A mí, plín. Es doña Loreta la del coronel quien lo pregunta» (R.del Valle-Inclán (1980), p. 22.) Véase también M.C. García de Enterría (1983); R. Senabre (1986).

⁴ «El *dotor* leía con anteojos, no por présbita, sino porque las letras que él entendiera habían de ser como puños, y así se las fingían los cristales de aumento. Mascaba lo que leía y leía a media voz, como se reza en la iglesia a coro; porque no oyéndolo no entendía lo que estaba escrito», L. Alas *Clarín* (1997), p. 20; «mientras Centeno, sentándose junto a la mesilla y tomando un periódico, hacía mil muecas y visajes que indicaban el atrevido intento de leerlo»; B. Pérez Galdós (1997), p. 78.

La imbricación de factores psicológicos, históricos y socioeconómicos en las lecturas «comunes» limitará el presente trabajo a una síntesis panorámica, con alguna aproximación a problemas más concretos, cuyo estudio pudiera desarrollarse en el futuro. Nuestra exposición tratará de articularse en dos aspectos que adoptan manifestaciones diversas: la presión de la norma culta, por encima de preferencias o de gustos personales, sobre el comportamiento de todo tipo de lectores, aparentemente sensibles a lo que podría llamarse mala conciencia; y en segundo lugar, el deseo de las clases populares de adueñarse de la letra, y por lo tanto, del instrumento simbólicamente típico de una cultura ajena. Pero la evolución de lecturas y lectores populares está ante todo inserta en el desarrollo de tres procesos históricos decisivos en la cultura contemporánea: las tentativas de implantación de una alfabetización universal, el advenimiento de una lectura extensiva frente a la intensiva de épocas anteriores, y los problemas estéticos de la «literatura ideológica»⁵.

2. La implantación masiva de la *alfabetización* en Occidente a lo largo de los últimos siglos supone una auténtica mutación cultural. Con independencia de la extensión o de la profundidad de su éxito, el proceso de alfabetización hubo de modificar de manera radical los horizontes culturales de la mayoría: la escritura, descifrada y sobre todo producida, incrementa el poder de abstracción, la individualidad, el subjetivismo, y una manera de percepción del tiempo histórico ausente de las formas tradicionales de cultura; las capacidades lingüísticas básicas crecen y se expanden por mediación del discurso escrito. Esta transformación no fue súbita o radical, sino progresiva, y coexistió además, por inercia, con hábitos culturales más antiguos, como las lecturas colectivas en alta voz, o la tendencia a memorizar textos que están escritos⁶.

Pero los puentes que empiezan a tenderse entre las culturas oral y escrita no garantizan que las relaciones entre ambas carezcan de tensiones. Según David Vincent, la expresión *tradición oral* aparece en documentos religiosos británicos del siglo XVII con referencia a fórmulas, ritos y creencias vivas entre el pueblo, e inasimilables o peligrosas para la Escritura y los poderes que en ella se sustentan. La extensión de la alfabetización, concluye Vincent, es un instrumento de integración, pero sobre todo de control. Por este motivo resultan de interés grande los testimonios autobiográficos de primeros contactos de los nuevos lectores con la letra. Por el momento, este tipo de material parece escasear en el ámbito español, o bien no ha sido localizado o investigado aún; lo cual fuerza a la utilización de fuentes secundarias, y sobre todo la de textos literarios, para una indagación de la lectura común. Las autobiografías comunes más asequibles —por ejemplo, las de líderes obreros— han sido compuestas, según Carlos Serrano, pensando más desde una perspectiva colectiva que desde una individual. Las declaraciones de algunos de estos lectores,

⁵ Una ilustración paradigmática de muchos de los puntos planteados, en las memorias de A. Palacio Valdés (1959), pp. 110-5; 191-7. Sobre el concepto de «cultura popular» y su metodología historiográfica, véase ahora J. Uría (2003), pp. 13-26 (con bibliografía).

⁶ Véase F. Furet, J. Ozouf (1977); A. Escolano (1992).

limitada por lo general a breves listas de autores preferidos (por ejemplo, las encuestas recogidas en el número 42 de *La Gaceta literaria* (1928), centrado en la relación entre literatura y proletariado) no son muy ilustrativas. Otras fuentes, como documentos epistolares o autobiografías de trabajadores, parecen no haber sido localizadas ni investigadas todavía⁷.

Sin embargo, el perfil de la extensión de la alfabetización llevada a cabo en España coincide en sus rasgos generales con el europeo. Según Jean-François Botrel, a la alfabetización acelerada del último cuarto del siglo XIX corresponde una multiplicación de la oferta lectora. Así, la llegada al mercado de textos antiguos, procedentes de desamortizaciones, supuso tanto una depreciación del libro como una secularización de su valor emblemático. Sólo en 1900, consolidado el nuevo circuito lector, se especializa el mercado del libro *ancien régime* como libro de coleccionista, y aparecen las librerías de ocasión tal como las conocemos, sustentadas en géneros literarios por lo general no apreciados. La expansión del mercado del libro nuevo en España no puede compararse cuantitativamente a la de otros países (es cinco veces inferior a la del francés, según Botrel), aunque no deja por ello de ser notable. Aparece así una nueva visión del libro como objeto de placer, y se da una gran diversificación de la producción, que también aumenta de modo considerable: de los 500 títulos nuevos en 1870, se pasa a los 1000 de 1880, y a los más de 2000 a partir de 1905. Con todo, estas cifras son sólo orientativas del consumo literario real, puesto que número de tiradas no indica ni implica número de lecturas: se sabe que en el XIX, muchas lecturas colectivas en fábricas y oficinas —no restringidas a literatura de entretenimiento— se hacían en alta voz⁸.

El advenimiento de la II República no hizo sino incrementar muy notablemente el ritmo de esta progresión: se calcula que de los 2500 títulos aparecidos en 1928, se pasa a 4000 entre 1933 y 1935 (la cuantificación del aumento de tiradas es método que no carece sin embargo de riesgos)⁹. Entre otras razones, el espectacular aumento se explica porque desde el comienzo del proceso, la lectura, en su doble vertiente de entretenimiento y de instrucción, ha pasado a tener en España un sentido político. Ya en la segunda mitad del XIX, la extensión de la letra, idea obsesiva en los medios más liberales por el retraso económico y la decadencia cultural del país, fue vista como objetivo político y social primario; pero también, inversamente, como un peligroso germen de problemas de orden moral. Así, si Galdós, en el prólogo de *La desheredada*, presenta como «verdaderos médicos» del país a los «maestros de escuela», en otros círculos se denuncia la banalidad o la mala calidad de esta nueva oferta lectora masiva —Pereda protesta por ejemplo de los libros que rodean a los suyos en los escaparates— o se enfatiza el riesgo de que la lectura, y especialmente la novelesca, vista como placentera y voluptuosa, acabe por corrom-

⁷ D. Vincent (1989). Véase también C. Serrano (1986), pp. 209-21. Ensayos de historia literaria de sesgo izquierdista, como el *Panorama de la literatura española* (1930), de J. Maurín, carecen posiblemente de la espontaneidad requerida (en J. Esteban, G. Santonja (1977), pp. 28-39. Trabajos notables como el de J. Burnett, D. Vincent y D. Mayall (1984-1989) carecen de equivalente, por lo que sabemos, en el ámbito español.

⁸ J.F. Botrel (1988), pp. 35-125; 229-332; (1998), pp. 577-90.

⁹ G. Santonja (1989). Sobre peligros de método en los cómputos, C. Serrano, S. Salaün (2002), pp. 46-7.

per a la juventud. Al fondo de todo ello se encuentra la batalla política por el control de la enseñanza secundaria, mayoritariamente en manos eclesiásticas¹⁰. Treinta años después, cuando en España, como en toda Europa, se haya producido un aguzamiento de los enfrentamientos sociales, un escritor como Ramón J. Sender no sólo continúa convencido de que la extensión cultural es una vital necesidad del pueblo, sino de que éste no tendrá otra solución que la de enfrentarse abiertamente a su control intransigente por parte de los poderes establecidos para poder satisfacer su vocación creativa¹¹.

Durante la II República, el valor político asociado a la alfabetización incide también en la aparición de una nueva clase de editoriales, poco exitosas económicamente pero fundamentales en el proceso de difusión de la lectura. Como ha estudiado Gonzalo Santonja, los nuevos editores no se redujeron a lo que entendemos como «literatura marginada»: sus catálogos incluían tanto clásicos literarios españoles como obras de divulgación política de ideario izquierdista. El desarrollo de la industria del libro lleva también a procurar extender las redes de distribución, tanto mediante la apertura de librerías o el establecimiento de corresponsales y representantes en poblaciones menores, como mediante la organización de un comercio cultural itinerante y de ferias literarias. La Editorial Fénix es un buen ejemplo del sistema de producción de lo que ha sido llamado «el nuevo libro popular». Entre 1932 y 1935, «Fénix» pone en circulación una gran cantidad de títulos de gran tirada que compiten, en precio y en variedad, con la tradicional «literatura de quiosco». La rebaja de precios se compensa mediante el aumento de la demanda, aunque la baratura de los libros conlleve una calidad de papel mediana, algunos defectos o torpezas de diseño (y a veces modificaciones o mutilaciones de los textos). Es ante todo destacable el eclecticismo del catálogo editorial, que incluye novela rosa, literatura erótica, literatura religiosa, textos marxistas, y colecciones divulgativas¹².

Sobre las preferencias de estos nuevos lectores, caracterizables por su pequeña capacidad económica, escaso tiempo libre y un dominio irregular de la lectura, los catálogos de las bibliotecas públicas proporcionan informaciones algo más precisas ya desde la segunda mitad del XIX. La dotación de estas bibliotecas permite también entrever la particular concepción que del proceso educativo tenían algunos responsables públicos, como F. Picatoste, de influencia más que notable en la extensión pública de la lectura. Según Antonio Viñao Frago, entre 1869 y 1885 se crean por inspiración de Picatoste más de mil bibliotecas públicas, muy irregularmente dota-

¹⁰ B. Pérez Galdós (1997), p. 7. Véase también J.F. Botrel (1993), pp. 69-91, especialmente 72; R. Carr (1999), pp. 68-74.

¹¹ «La cultura está en la ilegalidad. Tiene su campo entre el proletariado intelectual, formado por profesores, médicos, escritores y empleados identificados, consciente o inconscientemente, con la idea de progreso y, por tanto, con los intereses de la clase obrera. La cultura en la ilegalidad no hace sino continuar la tradición de las letras españolas. (...) Todos los que han dejado una huella firme en nuestra cultura, en la cultura, se familiarizaron en España con la cárcel. No pocos cayeron en la horca o en la hoguera. De ahí viene el desdén de las clases dominantes por el hombre de letras que procede del pueblo y en el que supone una posición disconforme. Sólo tolera las letras en el canónigo o el duque. «Lo demás es gente de sambenito y coroz». Y tienen razón. Les asisten quince siglos de experiencia» (R.J. Sender (1977), pp. 157-8.)

¹² G. Santonja (1989), pp. 153-87.

das. Estas bibliotecas son adjudicadas a las instituciones de enseñanza o las sociedades varias que las solicitan, a cuyo cargo queda su mantenimiento. En este sistema resultó pues fundamental la iniciativa individual de alcaldes y maestros, quienes además organizan actividades culturales varias, como por ejemplo veladas de lectura comentada. Este modo de difusión parece haber tenido una incidencia o eficacia superiores a las de la lectura individual en el recinto de las bibliotecas, o por préstamo de fondos a domicilio. El meritorio voluntarismo de estos ocasionales organizadores y conservadores tuvo por contrapartida frecuente no pocas negligencias, desatenciones, y una amplísima casuística de libros perdidos, robados, olvidados, o no puestos a disposición de sus posibles lectores.

Pero importa ante todo señalar las tendencias principales en la dotación de estas bibliotecas: literatura de entretenimiento, más o menos próxima a los géneros «marginales», y textos de iniciación científica o técnica —la inexistencia en buen número de materias de manuales españoles al tiempo útiles y accesibles trató de subsanarse mediante el encargo de redacción de trabajos específicos, a veces por convocatoria de concurso público. Es esta segunda tendencia la más propulsada por las autoridades educativas: la red de bibliotecas aparece dominada por lo que Viñao denomina un «moralismo laico y utilitario», por las ideas de utilidad pública y de progreso social asociadas a la educación¹³. El adjetivo *popular* adquiere así en estas bibliotecas el sentido de *autodidacta*; lo que revela las limitaciones de un sistema público en el fondo a imagen y semejanza de sus impulsores: poco próximo a las necesidades o capacidades reales de sus usuarios potenciales, con frecuencia desorientados en el severo recinto de la biblioteca y no siempre dueños de la técnica de la lectura¹⁴.

Los registros de salida de libros en préstamo permiten hacerse una idea de las lecturas preferidas en estos centros pensados para la ilustración pero utilizados mayoritariamente para el esparcimiento. Por ejemplo, en las bibliotecas asturianas, entre 1926 y 1934, predominan las lecturas de novela «realista», de tema anticlerical o anticaciquil. Blasco Ibáñez y Pérez Galdós son los autores más leídos, seguidos de escritores regionales como Palacio Valdés, y más en segunda línea, de autores asturianos como *Clarín* o Pérez de Ayala. Se ha concluido que las preferencias de los lectores coinciden por lo general con las tiradas de las editoriales; con la precisión de que esta coincidencia se limita a los autores respetables, tanto españoles como extranjeros: Verne, Dostoievsky, Dickens, Galdós, Baroja o Valle-Inclán. Faltan sin embargo en estas bibliotecas las obras de mayor tirada, por consiguiente,

¹³ A. Viñao Frago (1989), pp. 301-35, especialmente 318.

¹⁴ Pedro Salinas —(1983), pp. 174-5— describe así el peculiar funcionamiento de las bibliotecas públicas en la España de 1900: «apenas entrado este aspirante a lector en las inhóspitas cámaras bibliotecarias, le empezaba el enfriamiento de su entusiasmo, porque una cierta omnipresente frialdad (...) se apoderaba de él y le hacía sentirse forastero. (...) Si se sentía (...) la tentación de asomarse a una novela de Balzac, de Dostoievsky, de Dickens, y así se consignaba en la tarjeta, un funcionario, con aire censorio y magistral, cargados los ojos y la entonación de reproche, nos comunicaba la fórmula sacramental: «Las novelas no se sirven al público». (...) Había autores accesibles por una mitad virtuosa y negados férreamente por la otra, demoníaca, de su obra: así Galdós (...) Se distinguía el criterio bibliotecario por su aversión a ese tipo de lectura que es ejercicio del gusto y alegrías del alma, poesías, novelas, y otras obras de imaginación. Lo que se suministraba al público eran los llamados pomposamente «libros de estudio» «.

en principio, las más exitosas y leídas, que quedan fuera del canon consagrado (así, entre otros, los relatos sentimentales de Rafael Pérez y Pérez, o los del fecundo «Caballero Audaz»)¹⁵.

3. *Lectura extensiva*. La tensión entre programas educativos y gustos literarios, entre lo placentero y lo útil, visible en cotejos de tiradas editoriales, catálogos de bibliotecas y registros de salidas, es uno de los rasgos constantes del comportamiento del lector. No se trata tan sólo de la directriz propia de una norma cultural superior frente a productos ínfimos: dentro del canon consagrado aparece la misma desconfianza ante géneros que pueden sospecharse superfluos, como la poesía; y por otra parte, un similar escepticismo ante lo literario suele recogerse entre miembros de las clases populares (así, las opiniones de Encarnación Sánchez «la Sanguijuelera» sobre las fantasías novelescas de Isidora en *La desheredada*¹⁶). Aunque el recelo ante la literatura sea actitud antigua, tal vez haya incidido en el planteamiento moderno de esta cuestión la generalización de la práctica de la *lectura extensiva*: así, cuando Baroja describe su formación literaria juvenil, no deja de agregar que tal vez hubiera sido preferible leer bien seis autores que no devorar desordenadamente una infinidad de libros heterogéneos¹⁷.

La educación humanística se había fundamentado en el trato minucioso con una serie limitada de autores clásicos, destinado a la memorización¹⁸. El corpus humanístico sintetizaría todas las posibilidades de la literatura —y tal vez, por extensión, todas las de la vida. El lector moderno parecería haber ampliado los antiguos límites de las lecturas necesarias, persiguiendo otros fines, y contando, desde luego, con nuevos medios. Desde la Ilustración, la apertura indefinida del horizonte de lo leíble, no circunscrito a limitaciones geográficas o temporales, se alía con otros factores en la configuración de unas nuevas relaciones de la literatura con la sociedad, y del lector con la literatura. Desde una perspectiva interna, según Reinhard Whittmann, a partir del Romanticismo la lectura deviene sentimental y empática: el lector busca en las fantasías novelescas no sólo entretenimiento sino también fascinantes modelos de acción, no percibidos como algo remoto o ajeno. Aunque se sabe bien que desconfiar de lectores maniáticos no puede verse como algo novedoso, tal vez el auge de una concepción estética irracionalista y pseudorreligiosa a partir de 1800 haya impulsado más enérgicamente esta modalidad de lectura. Desde una perspectiva externa, las revoluciones burguesas abren para la literatura novelesca un nuevo espacio ideológico y social. La sociedad en construcción a lo largo del siglo XIX no sólo preconiza contactos y emulaciones entre miembros de distinta clase a través de la lectura, sino que convierte el espacio impreso en plaza de discusión ideológi-

¹⁵ A. Mato Díaz (1991).

¹⁶ «Me parece que tú te has hartado de leer esos librotos que llaman novelas. ¡Cuánto mejor es no saber leer! Mírate en mi espejo. No conozco ni una letra..., ni falta. Para mentiras, bastantes entran por las orejas...» (B. Pérez Galdós (1997), p. 54).

¹⁷ P. Baroja (1948), pp. 863-97.

¹⁸ A. Grafton (1998), pp. 281-328.

ca. El nuevo público, concluye Whittmann, dueño en teoría de su futuro y del diseño de la organización social, hace de la letra un foro ideológicamente abierto que sustituye al antiguo espacio literario cortesano¹⁹.

De ahí también la preocupación política tan frecuente en la novela española de la época. En uno de sus principales ensayos de crítica literaria, Galdós distingue entre por un lado una serie varia de textos frívolos —con frecuencia, malas traducciones de *feuilletons* franceses— que se ha enseñoreado de las preferencias del público sin ofrecer más que «distracción fugaz» o «pasajero deleite»; y, por otro, un nuevo tipo de relato, hacia el que se decanta su interés personal, que presenta los conflictos públicos (y privados) de la nueva sociedad poniendo en primer plano unas transformaciones que se deben a la emergencia de las clases medias y al desvanecimiento de los rasgos simples y tradicionales con que antes se identificaba a los personajes. Ciertamente que Galdós concede una atención especial al comportamiento individual; pero las acciones particulares deben ser percibidas en relación con un contexto más amplio de principios sociales y políticos, porque la nueva novela tiende a mostrar «esta turbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituye el maravilloso drama de la vida actual»²⁰.

En un tono menos entusiasta, más burlón y por veces nostálgico, Juan Valera se lamentará del triunfo de esta concepción de la novela en su escéptica revisión de la influencia naturalista en la literatura española²¹. Pero la popularidad que implica el éxito de la novela galdosiana resulta muy reveladora tanto de este nuevo espacio de discusión de ideas como de la atención que los nuevos lectores prestan a los conflictos ideológicos que los novelistas están poniendo en escena. Es en este sentido sorprendente que las novelas de tesis de la primera época de Galdós, como *Doña Perfecta* o *Marianela*, hayan tenido tiradas muy superiores —y por consiguiente hayan sido probablemente más leídas— que las posteriores y más maduras de la «Serie contemporánea», y esto no sólo en vida de su autor, sino hasta bien entrado el siglo XX²². El triunfo del alegorismo político y del esquematismo caracterial de una fórmula novelística primeriza sobre la mayor sutileza analítica y literaria de las que la sucedieron sugiere una proximidad entre la «cultiva» novela ideológica y la «popular» novela folletinesca que merece atención. Ello nos proporciona de paso una pista importante acerca de los mecanismos íntimos de los hábitos literarios «populares».

4. Como la nueva novela del XIX, la literatura de orientación *ideológica* que prolifera desde 1900 hasta el estallido de la guerra civil muestra tanto una preocupación intensa por problemas sociales y políticos, como la tendencia a representarlos mediante una estructura narrativa algo simple y esquemática. El compromiso políti-

¹⁹ R. Wittmann (1998), pp. 435-72.

²⁰ B. Pérez Galdós (1990), p. 105; 113.

²¹ «Hoy pide el público, no mero pasatiempo, sino que el novelista se sienta movido por la virtud de una idea, represente y sostenga una tendencia, esté penetrado y agitado por el amor de sistemas y opiniones de los que dividen y apasionan a la muchedumbre» (J. Valera (1996), p. 193.)

²² J.F. Botrel (1984), (1985).

co ha permitido distinguir esta nueva literatura «popular» u «obrero» de anteriores productos tradicionales, aunque ello vuelva a poner de relieve la polisemia de lo popular. En todo caso, los orígenes de esta literatura se encuentran en cierto humanitarismo literario e ideológico del XIX, por ejemplo en escritores como Tolstoi o Hugo, así como en la dilatada influencia de Zola y el naturalismo francés. La vaga noción de un *arte social* centra las discusiones de los literatos progresistas, que debaten las relaciones entre el arte y la ciencia, el individuo y la sociedad, o la emoción frente a la razón, tomando partido generalmente por el segundo miembro de estas alternativas, aunque casi siempre con salvedades y matices²³.

Dentro del variado corpus de esta literatura ideológica, José-Carlos Mainer ha distinguido diferentes líneas de producción, de las que las fundamentales están constituidas, en primer término, por textos escritos por miembros de las clases trabajadoras, de circulación restringida y con frecuencia marcados por cierto anacronismo; y en segundo lugar, por obras de autores de variada procedencia social y diferente grado de dedicación literaria profesional, que escriben para un público más amplio: Joaquín Dicenta o Felipe Trigo, Tomás Meabe o Andrés Carranque de los Ríos. En esta segunda línea de la nueva literatura antiburguesa se hace también patente por lo común una dimensión económica: los autores de 1900 buscan tanto ahondar en problemas sociales como su propio afianzamiento literario y social gracias al nuevo público lector, un cliente potencial de primer orden. Se entiende así el afán de un mediador cultural como Gregorio Martínez Sierra por juntar «las letras y los números», al exhortar a sus compañeros literatos a dejar de leerse unos a otros y empezar a pensar en «los empleados y señoritas que ahora leen a Pérez Nieva y Ortega Munilla», «los obreros que se entusiasman con Dicenta» o «las modistillas y porteras que aun siguen devorando los folletines de Ortega y Frías». Pero en síntesis, concluye Mainer, en ninguna de estas líneas generales se consiguió el despegue de las formas discursivas de clase media de que se partía²⁴.

La dependencia de hábitos literarios y mentales más profundos parece ponerse al descubierto en productos y lecturas de mayor espontaneidad, en que sin embargo la dimensión ideológica está aun más marcada. Un buen ejemplo es la colección de literatura anarquista más difundida de la época, los cuadernillos de «La Novela Ideal» publicados entre 1925 y 1938 por *La Revista Blanca* de la familia Montseny; una colección asequible, al servicio de la difusión del ideal libertario, que revela una simbiosis entre literatura y adoctrinamiento que ha sido observada de antiguo. Los relatos de «La Novela Ideal», muchas veces debidos a anónimos colaboradores, recrean automáticamente los esquemas de la novela popular de personajes estereotipados y argumentos simples, tan exitosa en el siglo XIX, en sus dos versiones aventurera e ideológica, añadiéndoles un contenido temático puesto al día²⁵. La

²³ J.-C.Mainer (1998), pp. 23-32; J.-F Botrel (1997) s.v. «Literatura obrera».

²⁴ Tampoco en bibliotecas: la selección de 2.283 libros de la Biblioteca Pública del Ateneo Obrero de Gijón «se diferencia en muy poco de lo que podría ser la coetánea biblioteca de un burgués progresista, especialmente atento a la literatura y al pensamiento españoles de 1898-1915, a las más fiables y consagradas traducciones del naturalismo foráneo, a coleccionar clásicos universales y a la teoría política y social» (J.-C.Mainer (1998), pp. 62-3; 78).

denuncia de la corrupción explotadora de la inocencia, de la hipocresía de las clases dominantes y su aprovechamiento inmisericorde de los débiles, así como la defensa de la superioridad moral del ideal anarquista y de sus impulsos de regeneración, se sirven de un molde literario arcaico, el conflicto entre malos y buenos, que parece encontrarse en los niveles más profundos de todo relato. Por ello, incluso si un rasgo constante de los lectores modernos puede consistir en preterir consignas educativas para no obedecer más que a sus gustos, los esquemas narrativos profundos en los que narración equivale a lucha ritual parecen imponer ocultamente sus leyes, transformando simple entretenimiento en propaganda escondida²⁶.

5. *Lectura «popular»: rasgos y problemas, con algunas opiniones de dos transeúntes esperpénticos.* Los elementos presentados no parecen suficientes para ensayar una caracterización global de la lectura «popular»; sí acaso de alguno de sus rasgos. Desde la perspectiva de los modos receptivos, es tentador establecer una correspondencia hipotética entre la «natural» y «espontánea» literatura popular y la esencia de la literatura, o bien entre un lector modélico y el lector común. En los lectores comunes se manifestaría el comportamiento literario esencial, la base de la literatura como fenómeno de cultura. La imagen decantada de la experiencia literaria «en estado puro» vendría pues dada por el comportamiento de los niños, como en alguna ocasión sugirió Unamuno²⁷. A lecturas ingenuas corresponderían, en cualquier caso, géneros ingenuos, como el del «romance», en el sentido establecido por Northrop Frye: en el género que ocupa, según Frye, una posición ínfima dentro del sistema jerarquizado de discursos de una sociedad se revelan los principios imaginativos básicos «desplazados» en reelaboraciones literarias más cultivadas o «sentimentales»; sexo y violencia se encuentran así en el origen de una universal sed de ficción, en la que resultaría cuando menos delicado distinguir con alguna exactitud entre elementos esenciales y la variable gama de sus actualizaciones, entre *buen* y *mal* gusto en cultura literaria²⁸.

Así, algunos de los problemas de conceptualización que implica la fluencia de lo popular en la literatura se ponen de manifiesto en los comentarios de Valle-Inclán a

²⁵ M. Siguán Boehmer (1981).

²⁶ R. Sánchez Ferlosio (1981), pp. 63-5. La preferencia cuantitativa por las novelas más esquemáticas de Galdós, ya aludida, podría explicarse con facilidad desde este punto de vista.

²⁷ M. de Unamuno (1998), p. 23. Ya en *En torno al casticismo* —(1991), pp. 163-4—, Unamuno lamentaba la total falta de interés en España por la literatura «de uso»: «España está por descubrir, y sólo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje, y el paisanaje, y la vida toda de nuestro pueblo. Se ignora hasta la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel y en los novelones de a cuartillo de real la entrega, que sirven de pasto a los que no saben leer y los oyen. Nadie pregunta qué libros se enmugrecen en los fogones de las alquerías y se deletrean en los corrillos de labriegos. Y mientras unos importan bizantinismos de cascarilla y otros cultivan casticismos libresco, alimenta el pueblo su fantasía con las viejas leyendas europeas de los ciclos bretón y carolingio, con héroes que han corrido el mundo entero, y mezcla a las hazañas de los doce pares, de Valdovinos o Tirante el Blanco, guapezas de José María y heroicidades de nuestras guerras civiles. En esa muchedumbre que no ha oído hablar de nuestros literatos de cartel hay una vida difusa y rica, un alma inconciente en ese pueblo zafio al que se desprecia sin conocerle».

²⁸ N. Frye (1976); J. Caro Baroja (1990), pp. 22-8; 409-89.

su estética esperpéntica; por ejemplo, a propósito del desenlace de la tercera versión (en verso) de la historia de un militar cornudo, accidentalmente parricida, en *Los cuernos de don Friolera*:

Tiene pena capital
 el adulterio en España,
 y el general Polavieja,
 con arreglo a la Ordenanza,
 el pecho le condecora
 con una cruz pensionada.
 En los campos de Melilla
 hoy prosigue sus hazañas:
 Él sólo mató cien moros
 en una campal batalla.
 Le proclaman nuevo Prim
 las cabilas africanas,
 y el que fue Don Friolera
 en lenguas de la canalla,
 oye su nombre sonar
 en las lenguas de la Fama.
 El Rey le elige ayudante,
 la Reina le da una banda,
 La infanta Doña Isabel
 un alfiler de corbata,
 y dan a luz su retrato
 las Revistas Ilustradas²⁹.

La valoración que hacen dos de los personajes de Valle del romance que se ha citado es negativa, puesto que muestra las peores torpezas de una barata literatura popularizante producida a gran escala. Según don Estrafalario y don Manolito, dos vagabundos amigos de discurrir sobre cuestiones estéticas, el texto ejemplifica a la perfección el envilecimiento que la gente sufre al contagio de la «literatura»; y por ello dan vueltas a la idea de gastarse una peseta en comprar el romance, para poder «quemarlo» después (p. 201). Del texto citado, lo que probablemente más disgusta a los dos personajes de Valle es la fascinación por la violencia y la sangre, así como una estúpida reverencia ante las lejanas figuras de la Autoridad, y ante los signos —las «Revistas Ilustradas»— que las representan y sacralizan, ahora en los nuevos modos típicos de los nuevos tiempos³⁰. Partiendo pues de los rasgos básicos de este romance, acentuados mediante la parodia, se critica y denuncia aquí ese potencial efecto alienante de la literatura sobre los lectores que Félix Martínez Bonati ha designado como «la tiranía del mito sobre nuestra experiencia»³¹. En palabras de los vagabundos de Valle:

²⁹ R. del Valle-Inclán (1999), pp. 199-200.

³⁰ P. Vélez (1993-1994), pp. 195-237.

³¹ F. Martínez Bonati (1995), p. 69.

Don Estrafalario.— Éste es el contagio, el vil contagio, que baja de la literatura al pueblo.

Don Manolito.— De la mala literatura, don Estrafalario.

Don Estrafalario.— Toda la literatura es mala.

Don Manolito.— No me opongo. (pp. 199-200)

Los efectos perversos de la literatura no son exclusivos pues de las formas literarias «bajas»; se extienden también a géneros «altos», y tal vez, por qué no, al conjunto de la Institución literaria. Según Valle —si fuera lícito atribuirle las ideas de sus personajes— no habría en esencia discontinuidad entre los «romances de ciego» y el teatro español clásico, crueles y dogmáticos por igual. Culta o popular, la copla es «abominable», aunque haya que consentir de cuando en cuando los caprichos del mal gusto propio³².

Las restantes dos versiones de la historia de don Friolera en la pieza de Valle no invalidan el juicio ya citado, aunque sí lo maticen. La primera de ellas, una farsa para marionetas entretejida de bromas del titiritero a costa de sus criaturas, había parecido extraordinaria a don Manolito y don Estrafalario; pero no por lo que en ella hubiera de comicidad, ni tampoco de popularismo. Los personajes de Valle estiman antes que otra cosa la distancia «demiúrgica» del «bululú» respecto de sus muñecos. Esta distancia supera por igual el llanto y la risa, y es comparada por don Estrafalario a «las conversaciones de los muertos, al contarse historias de los vivos» (p. 126). La estética distanciada de los personajes de Valle se diferencia por consiguiente no sólo de la respetuosa actitud ante lo sentimental o heroico de formas literarias consagradas —y de géneros «populares» como los indicados arriba—, sino también de lo meramente cómico, humorístico o subversivo —talante que se suele asociar a los géneros populares, aunque por otra parte no falte tampoco en la literatura culta. Este humorismo, sea cual sea el registro por el que discurra, resulta insuficiente, pues implica una indeseada y demasiado humana proximidad: «Reservamos nuestras burlas para aquello que nos es semejante» (p. 126).

Es incierta entonces la índole de la distanciada «dignidad demiúrgica» preconizada por don Estrafalario, un «clérigo hereje que ahorcó los hábitos en Oñate» que no vacila en denunciar «toda la antipatía de los Códigos, desde la Constitución a la Gramática» (pp. 123; 131). El diálogo de los dos vagabundos fluye rehuyendo deliberadamente las formulaciones categóricas, explayándose con evidente complacencia en la fusión irónica de extremos, por ejemplo en la detallada comparación entre Friolera y Yago —entre Shakespeare y «el compadre Fidel»— que

³² «*Don Estrafalario.*— Ese tabanque de muñecos sobre la espalda de un viejo prosero, para mí, es más sugestivo que todo el retórico teatro español. Y no digo esto por amor a las formas populares de la literatura... ¡Ahí están las abominables coplas de Joselito!

Don Manolito.— A usted le gustan las del Espartero.

Don Estrafalario.— Todas son abominables. Don Manolito, cada cual tiene el poeta que se merece.

Don Manolito.— Las otras notabilidades nacionales no pasan de la gacetilla.

Don Estrafalario.— Esas coplas de toreros, asesinos y ladrones, son periodismo ramplón. (...) Una forma popular judaica, como el honor calderoniano» (1999, pp. 130-131).

concluye con una ponderación del tuno bululú como «espíritu mucho más *cultivado*» (p. 131). Es por ello interesante que las líneas finales de la primera versión de la historia de *Los cuernos de don Friolera* asocien de nuevo el distanciamiento estético del esperpento no con la comicidad «popular», sino con una ironía intelectualizada, con un afán ilimitado de conocimiento, que se simboliza en el trato con el libro:

Don Estrafalario.— El Diablo es un intelectual, un filósofo, en su significación etimológica de amor y de saber. El deseo de conocimiento se llama Diablo.

Don Manolito.— El Diablo de usted es demasiado universitario.

Don Estrafalario.— Fue estudiante en Maguncia e inventó allí el arte funesto de la imprenta. (p. 132)

Aunque sea clara la impronta de lo «popular» en la obra literaria de Valle, llama aquí la atención que el componente distanciador del esperpento, a la vez burlesco y cognoscitivo, quede identificado con el signo emblemático de la cultura de la letra, con el uso osado de la Escritura. Tal vez convenga entender este punto como un aviso contra el prejuicio de disociar mecánicamente Pueblo y Cultura, o de esquematizar en exceso sus relaciones en virtud de un entendimiento prefabricado de lo que deba ser la cultura literaria —o de lo que sea a fin de cuentas la cultura, en el sentido más fundamental del término³³. Desde los trabajos de Mijail Bajtín, se conocen mejor las tendencias humorísticas de las formas literarias populares, que incluyen un componente compensatorio de liberación de constricciones sociales y racionales más fácil tal vez de documentar en actos públicos, como las representaciones de teatro, que en la lectura individual. Nos gustaría apuntar como conclusión que el comportamiento distanciador y contemplativo defendido por el esperpento —uno más entre los varios posibles registros de lo cómico— no resulta en su origen lógicamente privativo de las clases populares, de la misma manera que tampoco parece pensable que el resto de modalidades de lo literario quede cerrado para ellas, o sólo abierto para «clases superiores»: de hecho, tal como indica Roger Chartier, un examen de los hábitos de lectura de unas y de otras puede revelar, para bien o para mal, una continuidad en lo esencial entre ambas³⁴.

³³ Esta pudiera ser la posición de Antonio Machado en *Juan de Mairena*: «Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecer esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de aserrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reiría en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error» (A. Machado (1986), I, p. 267).

³⁴ R. Chartier (1996). Una primera versión de nuestro trabajo se presentó en el coloquio «Cultura Popular» celebrado en la Manchester Metropolitan University los días 13 a 15 de septiembre de 1999. Agradezco con algún retraso a Andrew Walsh sus amistosas sugerencias de entonces.

OBRAS CITADAS

- ALAS CLARÍN, Leopoldo: *Pipá* (1879), en *Cuentos*, ed. A. Ezama, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 15-58.
- BAROJA, Pío: *La busca* (1904), Madrid, Caro Raggio, 1972.
- BAROJA, Pío: «La formación psicológica de un escritor» (1934), en *Obras completas*, V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, pp. 863-97.
- BOTREL, Jean-François: «Le succès d'édition des oeuvres de Benito Pérez Galdós: essai de bibliométrie (I)», *Anales de literatura española*, 3 (1984), pp. 119-57.
- BOTREL, Jean-François: «Le succès d'édition des oeuvres de Benito Pérez Galdós: essai de bibliométrie (II)», *Anales de literatura española*, 4 (1985), pp. 29-66.
- BOTREL, Jean-François: *La difusión del libro en Espagne. Les libraires (1868-1914)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.
- BOTREL, Jean-François: «Narrativa y lectores del pueblo en la España del siglo XIX», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 516 (1993), pp. 69-91.
- BOTREL, Jean-François: «Literatura obrera», en J. Álvarez Barrientos, M.L. Rodríguez Sánchez de León, R. de la Fuente Ballesteros (eds.), *Diccionario de literatura popular española*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997.
- BOTREL, Jean-François: «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer», *Bulletin Hispanique*, 100 (1998), pp. 577-90.
- BURNETT, John; VINCENT, David; MAYALL, David (eds.): *The Autobiography of the Working-Class. An Annotated, Critical Bibliography*, 3 vols., Brighton, The Harvester Press, 1984-1989.
- CARO BAROJA, Julio, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Istmo, 1990.
- CARR, Raymond, *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*, Barcelona, Ariel, 1999.
- CHARTIER, Roger: *Culture écrite et société. L'ordre des livres (XIV^e-XVIII^e siècle)*, Paris, Albin Michel, 1996.
- CHARTIER, Roger: «Lecturas y lectores «populares» desde el Renacimiento hasta la época clásica», en G. Cavallo, R. Chartier, (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 413-34.
- ESCOLANO, Agustín: *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación G.S. Ruipérez / Ed. Pirámide, 1992.
- FRYE, Northrop: *The Secular Scripture. A Study of the Structure of Romance*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
- FURET, François; OZOUF, Jacques: *Lire et écrire. L'alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1977.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María del Carmen: *Literaturas marginadas*, Madrid, Playor, 1983.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María del Carmen: «Popular», en J. Álvarez Barrientos, M.J. Rodríguez Sánchez de León, R. de la Fuente Ballesteros, (eds.), *Diccionario de literatura popular española*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997.

- GINZBURG, Carlo: *El queso y los gusanos*, Madrid, Muchnik, 1981.
- GRAFTON, Anthony: «El lector humanista», en G. Cavallo, R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 281-328.
- INFANTES, Víctor: «La mirada en la escritura. Una historia de la lectura y del lector», *Bulletin Hispanique*, 100 / 2 (1998), pp. 333-41.
- MACHADO, Antonio: *Juan de Mairena* (1936), ed. A. Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra, 1986.
- MAINER, José-Carlos: «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», *La doma de la Químera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra, U.A.B., 1998, pp. 17-82.
- MARCO, Joaquín: *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Taurus, 1977.
- MARTÍNEZ BONATI, Félix: *El «Quijote» y la poética de la novela*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.
- MATO DÍAZ, Angel: *La lectura popular en Asturias (1868-1936)*, Oviedo, Pentalfa, 1991.
- MAURÍN, Joaquín: «Panorama de la literatura española» (1930), en J. Esteban, G. Santonja (eds.), *Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Antología*, Madrid, Hiperión / Peralta Ediciones / Editorial Ayuso, 1977, pp. 28-39.
- PALACIO VALDÉS, Armando: *La novela de un novelista* (1920), Madrid, Espasa Calpe, 1959.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» (1870), *Ensayos de crítica literaria*, ed. L. Bonet, Barcelona, Península, 1990, pp. 105-20.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Marianela* (1878), ed. J. Casalduero, Madrid, Cátedra, 1997.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada* (1881), Madrid, Alianza, 1997.
- REYES, Alfonso: «Marsyas o del tema popular», en *La experiencia literaria. Ensayos sobre experiencia, exégesis y teoría de la literatura*, Barcelona, Bruguera, 1986, pp. 49-84.
- ROMERO TOBAR, Leonardo: «Folletín», en J. Álvarez Barrientos, M.J. Rodríguez Sánchez de León, R. de la Fuente Ballesteros (eds.), *Diccionario de literatura popular española*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1997.
- SALAÜN, Serge: «Problématique de l'infra-culture», en *Les productions populaires en Espagne 1850-1920*, Paris, C.N.R.S., 1986, pp. 353-67.
- SALAÜN, Serge, *El cuplé (1900-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- SALINAS, Pedro: «Defensa de la lectura» (1954), *El defensor*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 115-200.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *Las semanas del jardín* (1974), Madrid, Alianza, 1981.
- SANTONJA, Gonzalo: *La república de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- SENABRE, Ricardo: «Clarín y Galdós ante el público», en *Literatura popular y proletaria*, Sevilla, Universidad, 1986, pp. 141-53.
- SENDER, Ramón José: «La cultura española en la ilegalidad» (1935), en J. Esteban, G. Santonja (eds.), *Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Antología*, Madrid, Hiperión / Peralta Ediciones / Editorial Ayuso, 1977, pp. 141-58.

- SERRANO, Carlos: «Histoires ouvrières du 19e siècle espagnol: culture populaire et culture historique», en Y.-R. Fonquerne, A. Esteban (eds.), *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986, pp. 209-21.
- SERRANO, Carlos; SALAÜN, Serge: *Temps de crise et «années folles»: les années 20 en Espagne (1917-1930)*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002.
- SIGUÁN BOEHMER, Marisa: *Literatura popular libertaria. Trece años de «La Novela Ideal» (1925-1938)*, Barcelona, Península, 1981.
- UNAMUNO, Miguel de: *En torno al casticismo* (1895), ed. L. González Egido, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- UNAMUNO, Miguel de: *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908), Madrid, Alianza, 1998.
- URÍA, Jorge (ed.): *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- VALERA, Juan: «Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas» (1886), en *El arte de la novela*, ed. A. Sotelo Vázquez, Barcelona, Lumen, 1996, pp. 107-287.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del: *Luces de bohemia. Esperpento* (1924), ed. A. Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del: *Martes de carnaval. Esperpentos* (1925), ed. J. Rubio Jiménez, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.
- VÉLEZ, Pilar: «La ilustración del libro en España en los siglos XIX y XX», en *Historia ilustrada del libro español*, ed. H. Escolar, III, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez / Ed. Pirámide, 1993-1994, pp. 195-237
- VIÑAO FRAGO, Antonio: «A la cultura por la lectura: las bibliotecas populares (1869-1885)», en J.-L. Guereña, A. Tiana (eds.), *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX-XX*, Madrid, Casa de Velázquez / U.N.E.D., 1989, pp. 301-35.
- VINCENT, David: *Literacy and Popular Culture. England, 1750-1914*, Cambridge: University Press, 1989.
- WITTMANN, Reinhard: «¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?», en G. Cavallo, R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 435-72.